

REVISTA PEDAGÓGICA

Suplemento pedagógico a EL MAESTRO ESPAÑOL

ESCANDINAVIA

Innovaciones escolares

Ha comenzado a funcionar en Suecia una nueva Escuela para niñas, dirigida por Esther Boman. En ella, como en todas las Escuelas de orientación moderna, predomina el trabajo práctico realizado siempre por los educandos y al alcance de los mismos: impresión, tejidos, costura, jardinería, etc. Al desarrollo físico de las niñas contribuye, por otra parte, la gimnasia, la rítmica de Dalcroze y toda clase de deportes. En la enseñanza teórica rige el principio de la concentración; el año escolar se divide, con este fin, en tres períodos: otoño, invierno y primavera. En la primera y última estación se estudia biología, geografía y botánica en relación con la jardinería y las excursiones; en invierno se trabaja sobre asuntos de idiomas e historia. Las materias que tienen cierta semejanza se reúnen en grupos y su enseñanza se encarga a una Maestra. Se estudia por períodos un idioma extranjero. También se realiza una concentración en el día, en tanto que sólo se estudian diariamente una o dos materias en dos períodos de ochenta minutos por la mañana y una hora por la tarde. Tal disposición del trabajo exige, evidentemente, otro género de tarea que el ordinario oír pasivo y el contestar a las preguntas del Maestro.

Aquí domina la autoactividad, dirigida alternativamente a la resolución de problemas individuales y de grupo. Este último trabajo se cuida muy especialmente y exige un libre autogobierno basado sobre la propia responsabilidad. En los grados inferiores se han emprendido también reformas importantes, basadas en el método Montessori y en el de la educadora sueca Ana Kruse. La palabra «método» no es, sin embargo, adecuada para designar este último; se trata de los tres primeros años escolares a los que Ana Kruse ha dado un contenido vivo, unitario (algo en el sentido de Decroly). El trabajo se agrupa

en el primer año en torno al ambiente inmediato del niño, en el segundo en torno a la localidad y en el tercero en torno a la patria. En esto, las destrezas mecánicas son solo medios y no fines en sí mismos. Y aun el aprendizaje de estas destrezas: lectura, escritura y cálculo se hace de un modo natural, intuitivo en una forma adecuada al niño, así que éste disfruta con ellas y se desarrolla en él una actividad creadora muy fuerte e individual. El método de lectura—«el método de los grupos de palabras»—tiene raíces americanas, pero ha sido transformado y perfeccionado por Ana Kruse desde hace veinte años, conforme a las necesidades de su patria.

Este trabajo autónomo de los alumnos ha conducido en muchos lugares de Noruega a un trabajo en común de las Escuelas y de las bibliotecas de clase, conforme a una selección de obras hecha por el Maestro. Se han publicado también una serie de cuadernos para la lectura voluntaria de los alumnos, en los que se indican las obras más apropiadas para ampliar las materias escolares.



ESTADOS UNIDOS

La formación de Maestros primarios

La formación pedagógica, en los Estados Unidos, se adquiere en las Escuelas Normales o en las Universidades. Es de notar que, en las Normales, no suelen los Estados Unidos hacerse cargo de la alimentación de los alumnos-maestros; la coeducación suele practicarse en esos establecimientos, pero el elemento masculino forma una proporción ínfima. Los hombres no suelen ocupar en las Escuelas elementales norteamericanas otro puesto que el de Director.

Algunos Centros de enseñanza superior, como la *Columbia University* y la Universidad de Chicago, han dado una organización completa a la carrera de la enseñanza y pro-

curan elevar el grado de pedagogo a la altura del médico o ingeniero. Es de mencionar, particularmente, el empeño de Thorndike y de sus colaboradores para medir científicamente los resultados de la enseñanza. De ahí procede esa floración de tests individuales o colectivos para medir la inteligencia del niño, o su grado de instrucción, que se ha verificado últimamente en los Estados Unidos.

Por brillantes que sean los resultados obtenidos en establecimientos como el *Teacher's College* de la *Columbia University*, la profesión de Maestro de Escuela presenta siempre una situación algo precaria. En la enseñanza hay cuatro Maestras por un Maestro. El ya citado Levi Seely estima en 540.000 el número de Maestros y Maestras que enseñan en las Escuelas elementales de la Unión americana; de entre ellos sólo un diez por ciento ha recibido formación profesional. Ese personal suele servir cinco años, por término medio, de suerte que resultan anualmente unas cien mil vacantes; pero las Normales y las Universidades no otorgan, por año, más de veinte mil títulos de idoneidad para la enseñanza: las cuatro quintas partes de los Maestros noveles resultan, pues, improvisados. Hay aquí una deficiencia muy seria, que la administración superior lamenta, pero cuyo remedio no se halla fácilmente.

FRANCIA

La libertad y la educación

Es preciso guiar bien a los niños, se repite. ¿Qué se quiere decir con esto? Sin duda que hace falta conducirlos para que no se aparten del camino y, también, ayudarles cuando encuentren una dificultad que no pueden vencer por sí solos. Esta es la tarea de los guías que acompañan a los alpinistas. ¿Es la de los educadores? Que se vaya en ayuda del que sea incapaz de resolver una dificultad, pase. En este caso, ayudar es completar, es suplir una falta; pero donde esta falta no existe, donde la acción sea completa, la ayuda es irracional.

Esperad, pues, que el niño reclame vuestra ayuda y no se la prestéis sino cuando sea necesaria. Entonces no será incómoda, atrevida; entrará en la obra a la que el niño se aplica, como una pieza misma de esta obra, de la que formará parte. El Maestro será entonces el colaborador del alumno, en la medida que éste lo crea útil.

Pero podrá objetarse que el niño, sin reclamar nuestra ayuda se encontrará, sin querer y sin saberlo, en errores que no podrá deshacer. Entonces asignadle otro trabajo; será vuestra la falta si se engaña y no se corrige, porque le habéis impuesto un trabajo para el que es incapaz.

Si creéis que es de vuestro deber, y que es una necesidad guiar a los niños, es que queréis hacerles pasar por vuestro camino, que no es quizá el suyo. En este caso, es verdad que tiene necesidad de guía, pero esta guía no es una ayuda verdadera. Llegados al fin, tendrán necesidad de nueva guía para intentar una segunda ascensión. La primera etapa no les ha servido ¿Es que no puede nunca pasarse el guía?

Dejad, por tanto, id a los niños y seguid sus marchas. Ellos os llamarán cuando tengan necesidad de vosotros, y llegarán donde queráis que lleguen, pero tened confianza en ellos. Observadles, obrar y ser discretos. Será siempre tiempo de ayudarles si veis que se desvían.



RUSIA

Los nuevos programas escolares

Con la publicación de los nuevos programas realizada por la «Sección Pedagógica del Consejo Científico del Estado», se comienza a tener noticias más o menos precisas acerca de la educación en la Rusia de los soviets.

Estos programas oficiales de la enseñanza en la República de los soviets, que han sido difundidos en Europa por la «International des travailleurs de l'Enseignement» conciernen al primer grado de la Escuela.

Esta, que se denomina *Escuela Unica del Trabajo*, se divide en dos grados: el 1.º, para niños de 8 a 12 años, y el 2.º, dividido en dos ciclos: I), de 12 a 15 años, y II), de 15 a 17. El primer grado corresponde, pues, a la Escuela elemental.

La Escuela del primer grado debe:

- 1.º Despertar en el niño un interés colectivo por todo lo que le rodea.
- 2.º Enseñarle a buscar en el libro y en la ciencia la respuesta a todas las preguntas que se le presentan.
- 3.º Enseñarle a vivir, a estudiar y a trabajar en comunidad.
- 4.º Proporcionarle una cantidad determinada de conocimientos formales y de hábitos que lo hagan capaz de continuar su instrucción por sí mismo.

LO QUE LAS HORAS DEJAN

Año nuevo. En el reloj de cada vida ha sonado una hora más. Si miramos atrás del camino, ¡cuántos pétalos rotos en la gran rosa invisible de la esperanza!, ¡cuántas gotas de sangre perdidas en el camino! Año nuevo. Año nuevo quiere decir vuelta a empezar. ¿Has sufrido, has sembrado, has tenido ilusión? Tu ruta de ayer será la ruta de mañana. Como en la Naturaleza, en tu propio corazón hay también estaciones, va pasando todo con fuerte ritmo inalterable. Los ciclos de ese árbol amigo se cumplen también en ti. Por mucho que él se alegre al florecer o por mucho que lllore en su invernal desnudez, siempre será árbol: risa y oración de la tierra unas veces, dolor y frío y orfandad otras... Siempre será árbol. Y tú serás hombre: aunque llores mucho en silencio la injusticia, aunque aquel amor huya, aunque no hicieras vendimia de una sola gratitud.

Tú serás hombre. Quiero decir que nunca has de torcer el sino noble de tu existencia. Nunca has de parar el péndulo divino de tu vivir: sol y tristeza, olvido y amor, risa y desaliento, negrura y fe. Es el péndulo de todas las vidas. Son las estaciones de cada existencia. Son la eclíptica ineludible de cada corazón.

Año nuevo. Y acaso, si sientes un poco de cansancio en el espíritu, quieras retroceder. ¿A qué sembrar si sólo nacen cizañas?, querrás decirte. Es inútil tu pregunta. Tu ruta de ayer será la ruta de mañana. Es tu sino. Eres hombre. Y mientras lo seas tienes que dar lo que tengas: o rosas magníficas de orquídea o rosas humildes de pioro escondido.

* * *

Maestra: estás allá sola. En torno tuyo todo es llanura. Tiene tu aldea color de centeno, color pardo y ocre. Color de paisaje vestido de otoño y de hojas marchitas... Estás sola. ¿Quién te aliviará?

Yo sé que lloras. Y que sufres. ¡Pobre corazón enfermo de esperar! ¡Pobre sendero sin caminantes! ¡Pobre juventud que suspira y no la oyen!... ¡Quién fuera luna, luna recortada y blanca que diera a tu noche claridad! ¡Quién fuera rocío y amanecer! ¡Y fuera corazón divino, como un Asís!

Yo sé que lloras. ¡Espera! No apagues nunca la lucecita sigilosa que alumbra tu sa-

grario. Aunque sea la tuya pasión imposible. Aunque sea tu afán inaccesible y lejano. Alimenta tu pasión. Los sueños valen siempre más que la vida. Es mejor soñar que vivir...

Yo sé que lloras... Crea tus sueños. Construye tu dulce poesía interior y silenciosa. Construye tu ficción. Y ámalas... Son como un amante. ¡Tu propio hijo que nadie ve! ¡Que nadie adivina! ¿Quién sabría ver, bajo la paz, el lago escondido de tu ilusión? ¿Quién ha de saber lo que cubren tus ojos en silencio?

Me acuerdo de aquellas estrofas de Sully-Prudhomme, en *Le vase brisé*:

Souvent aussi la main qu'on aime,
effleurant le coeur, le meurtrit;
puis le coeur se fend de lui-meme,
la fleur de son amour périt.

Toujours intact aux yeux du monde,
il sent croître et pleurer tout bas
la blessure fine et profonde:
il est brisé, n'y touchez pas.

Yo sé que lloras... Corazón, calla. Corazón solo, cree y espera. Tus pies están presos. Ya lo sé. Deja entonces que el corazón vuele y ame. Que el corazón ría como un niño. ¡Que nunca se acaben las rosas en el búcaro de tu ilusión!

Sé que en la aldea—llanura rasa, vacía, alucinante—no hallas corazón hermano. ¿A quién vas allí a enseñarle tus heridas? En el sentimiento también hay paralelos. Y sólo se comprenden, al cabo, los que viven en un mismo paralelo... Pero la aldea está lejos. No sabe sentir tu armonía. Y nadie acoge por eso tu ansia impar.

Comprendo tu tristeza. ¿Quién no busca esconderse bajo unas alas? Igual que recenales que, en el redil, entrelazan las cabezas por buscar calor. Comprendo tu zozobra. ¿Llegará al fin?, te dices. Y la ancha noria de las horas girará. ¡Horas iguales de aldea con túnicas de hastío!... ¿Llegará? Y sientes dolor de esperar y pedir.

¿Quién te aliviará?... El cuadrante de la fe anuncia a menudo las horas deseadas. Sueños azules—de novicia, de peregrino, de madre o de poeta—, ¿no es la fe quien os riega, no es lo Imposible vuestro sueño amado? Bienaventurados los que esperan... ¿Quién te aliviará? Tú misma. En ti «están

las estrellas». Llena tu corazón de cielo en amanecer. Huye de los espíritus cansados, sin élitros y sin temblor. ¡Pobres espíritus oscuros, sin luz íntima; espíritus estériles y sombríos, hermanos de las babosas que viven en huertos sin luz!

Espera. ¡Un día ha de llegar! ¿No te lo dice el corazón?

* * *

Año nuevo. Sigamos cantando. Un canto al esfuerzo, al ansia, al trabajo, al amor. El canto es alegría. Cantemos y soñemos. Cantar—quiero decir poner poesía en el propio camino, poner ideal, poner ilusión—, cantar es hacer leve la vida. Es sentir leve la vida. Cantar es hacerse a sí mismo feliz. Nadie canta sintiéndose triste. ¿No os acordáis de aquellas palabras del *Fedón*? Dice Platón: «Y según parece, me tenéis por inferior a los cisnes en la adivinación, porque éstos, aunque también durante su vida cantan, cuando presienten que van a morir cantan mucho más y mejor. Mas los hombres, por el miedo que ellos tienen a la muerte, calumnian a los cisnes, y dicen que cantan de tristeza llorando su muerte; y no reflexionan que ninguna ave canta cuando tiene hambre o siente cualquiera otra molestia, ni el mis-

mo ruiseñor, ni la golondrina, ni la abubilla, de los cuales se dice que lloran de tristeza cuando cantan.»

Cantemos ahora que empieza otro año. No nos acordemos del sufrir de ayer... ¿Dolor, ausencia, derrotas, olvido? No nos acordemos. Si está el alma llena de serenidad, ¿qué importan las cosas amargas de fuera? Vivamos en paz con el propio corazón. Demos con lealtad.

Año nuevo. No soñemos con una estación eternamente floral. El año nuevo nos traerá también injusticias. ¿Es acaso la tierra el centro de las almas?, como cantó el poeta. Nos traerá dolores. Preparémonos. No olvidemos que lo que más da fortaleza, lo único que da fortaleza para ir por el camino, es el ideal, es la fe, el trabajo, la alegría del esfuerzo, el ansia noble, el sueño de querer ser mejor cada día.

Que cada uno dé con lealtad lo que lleve dentro. Sin querer ver la cosecha. Si se está seguro de que es blanca la semilla, ¿qué importa la torpeza del sembrador? Sembremos. Al final del camino está siempre la justicia infalible. Por algo ha dicho San Agustín: «El tiempo vale tanto como Dios».

LILLO RODELGO

DIDÁCTICA PEDAGÓGICA

Volumen de 600 páginas; segunda parte del
CURSO COMPLETO DE PEDAGOGIA

por

Don Ezequiel Solana



Trátase en este libro de la Metodología general con los principios fundamentales de la enseñanza, y trátase más por extenso de la Metodología especial, objeto e importancia de cada materia, reglas para su enseñanza, marcha que debe seguirse en las lecciones y procedimientos especiales que pueden aplicarse.

Libro utilísimo para los ejercicios escrito y práctico de las oposiciones a Escuelas.

Precio: CINCO pesetas ejemplar.

AQUEL MAESTRO...

III

«Téngase por cierto que poco bueno se hace sin trabajo, que aun los que llegan a adquirir extraordinaria facilidad no lo consiguen sin haberse preparado con dilatadas fatigas... No hay progreso sin trabajo.»

J. BALMES: *Filosofía elemental.*

Todo su empeño lo había puesto aquel Maestro en conseguir que sus discípulos adquirieran una perfección ortográfica. No escatimaba trabajo para conseguirlo. Cuantos procedimientos y métodos llegaban a su conocimiento los ponía en práctica. Contrastaba cuidadosamente sus resultados, se quedaba con lo aprovechable de ellos y desechara lo que, por los resultados obtenidos, juzgaba inútil.

Como consecuencia de sus repetidos ensayos y constantes estudios llegó a la conclusión de que la perfección ortográfica tiene dos bases fundamentales: una de orden puramente mecánico, de memoria, y la otra de orden científico, que viene, con el tiempo, a explicar lo que sólo se hacía como resultado de un hábito constante. En los primeros momentos hay que aprovecharse de aquélla; la segunda viene poco a poco a ocupar el lugar principal en el conocimiento ortográfico.

Le eran familiares los métodos propuestos por Lay y los realizados por Meumann. Juzgaba mejores los de este último, que opinaba ser el aprendizaje de la ortografía un resultado del ejercicio de memoria complicativa; y así, juzgaba más ventajoso el método de copiar las palabras pronunciándolas en voz baja, señalando su importancia en el hecho de que de esa forma los modelos manuscritos o impresos no pasan tan de prisa como la palabra hablada, sino que quedan ante la vista del escolar, quien puede mirarlos atentamente. Por este procedimiento, el alumno realiza un análisis de la palabra mediante la observación atenta y a la vez mediante la pronunciación en voz baja, análisis que influye notablemente en los buenos resultados del método.

A pesar de todos estos ensayos no consiguió en su Escuela los progresos ortográficos que deseaba y que juzgaba debían conseguirse. Utilizaba ejercicios por él mismo

compuestos, en los que jugaban constantemente palabras de dudosa ortografía, adaptados esos ejercicios a los antecedentes conocimientos de sus discípulos, que en todo momento tenía en cuenta. Seguía en el desarrollo de sus clases todas aquellas reglas capaces de conducir a un perfecto aprovechamiento (1).

No lo daba todo a la memoria. Hacía de la enseñanza ortográfica una compañera constante de la enseñanza del lenguaje, ayudando a la formación de la memoria complicativa, de que hablaba Meumann, con algo de ortografía científica que venía—¿por qué no?—a sintetizarse en reglas ortográficas que le servían de valioso auxiliar.

Procuraba que no existieran materias ni enseñanzas completamente aisladas. Todo lo subordinaba a todo en su Escuela. Cuando los niños escribían, ya lo hicieran para redactar el enunciado de un problema, ya una síntesis de lección oral, ya un ejercicio de redacción, aquello para él era escritura, y había que atenerse a la limpieza, a la forma de letra y a la ortografía.

—Ya sé que así se camina más despacio—decía a sus Maestros—; pero esa lentitud es sólo aparente. Más despacio caminaríamos, en atención a la obra total que debe realizar la Escuela, si por dejarles hacer, una vez siquiera, sin los necesarios cuidados, perdiéramos en unas horas lo que nos ha costado de conseguir tantos meses. ¡Todo está en todo! Y la educación no es una excepción a esta ley. Antes al contrario, parece que se ha dictado pensando precisamente en la educación.

Ensayó los distintos modos de hacer la corrección de los escritos en los cuadernos de los niños. Primeramente se hizo la corrección por los Maestros. Recogían éstos los cuadernos, y en horas fuera de la clase hacían las correcciones con un escrupuloso cuidado. No dejaban de poner punto ni coma. Las correcciones se hacían con tinta roja, a fin de que así fueran más visibles y sirvieran de verdadera lección para el muchacho. Era un modo muy pesado y que no

(1) En la *Didáctica pedagógica*, de D. Ezequiel Solana, se exponen unas reglas de esta clase que juzgo acertadísimas. Su acierto estriba, sin duda, en que han sido escritas después de una experiencia de muchos años en la Escuela.

daba los resultados congruentes con el esfuerzo que costaba.

Se ensayaron otros: la *autocorrección* por los propios muchachos; el aprovechamiento de los llamados *instructores* o *correctores*, y aun consiguió peores resultados.

Por fin volvió al primero, a la corrección por el propio Maestro; pero introduciendo en él una modificación de importancia que venía a dar un elemento más para el fortalecimiento de esa memoria complicativa que es la base de la perfección ortográfica. Hasta entonces habían hecho los Maestros sus correcciones en sus despachos a horas distintas de las de clase. En lo sucesivo la corrección se haría en la misma clase, a la vista de los propios alumnos. Cada alumno llegará con su cuaderno junto al Profesor, y leerá lo que ha escrito. La pluma correctora ya no la tendrá en sus manos el Maestro, sino el niño. Aquél se limitará a señalar, recordar, advertir la falta cometida, y el propio alumno hará su corrección. Es algo que tiene parecido con el poder educador de la penitencia. Son los tropiezos, las dudas, los errores, la vuelta a comenzar, debidamente aprovechados, lo que más importancia tiene en toda la obra educadora. «Sólo el propio esfuerzo es educativo». «El hombre tiene a veces inspiraciones

felices que no le cuestan ningún trabajo; mas, por lo común, necesita trabajar, si no quiere vivir en la ignorancia».

Los Maestros le advirtieron de que era un modo de corrección que exigía un gran empleo de tiempo.

¿Pero qué más da que la corrección cueste una sesión o que cueste tres? ¿Acaso el progreso de los alumnos se cuenta por los días que cuesta adquirirlo o por la solidez con que se adquiere? A más de que el tiempo puede reducirse a tanto como el Maestro quiera. En sus manos está el remedio. Redúzcase el ejercicio escrito a la mitad y el tiempo empleado en la corrección será menor.

Porque el éxito de los ejercicios ortográficos no dependen de su extensión, sino que el verdadero mérito estriba en que esté preparado o convenientemente elegido entre aquellos que presenten una gradual densidad de dudas ortográficas, y en que las faltas cometidas no queden sin corregir. Y la única corrección racional es aquella que hace el propio alumno que erró con sólo ligeras advertencias del Maestro. Es costosa, pero es fecunda.

JOSÉ BALLESTER

EL IDEAL DE UN ESCRITOR

UN LIBRO DE LUIS BELLO

Todo el que conoce la realidad española es hoy admirador de Luis Bello. Su campaña de Escuelas nos ha traído un nuevo aliento a cuantos ofrendamos nuestros esfuerzos a un ideal. A la protección a la Escuela y a los Maestros, al amor a los niños.

Hay que leer el libro de Bello *Viaje por las Escuelas de España* para comprender cuánto debemos a la Escuela. La campaña de este escritor hace tanto por la enseñanza que no podrá olvidarse en los anales de la cultura española.

En el libro de Luis Bello se observa una constante preocupación. La de mejorar los locales Escuelas. La de crear un ideal de cultura en España. Hay que reconstruir la vida española empezando por lo más sencillo: hacer un programa de Escuela nacional, de Escuela del pueblo, construyendo lo-

cales Escuelas higiénicos y confortables, con arte y con gracia.

En sus andanzas por los pueblos, en conversaciones y trato con las gentes, ha observado Luis Bello cómo perdura el absurdo estatismo en el alma del pueblo.

¿Cómo andan ustedes de Escuelas?, pregunta en su camino el escritor a un aldeano. He aquí la contestación, que reproducimos del libro de Bello:

«—De Escuelas demasiado bien; ¡ahora de Maestros, para lo que se merecen! Siempre están quejándose del aire, de la luz, del material, de la casa. ¡Disculpas embusteras! El Maestro es un enemigo pagado, créalo usted.

—Pero ¿el Maestro es malo?—Qué sé yo. Se pasa la vida leyendo, esperando el correo, comprando periódicos. Los pueblos

debían tener el Maestro que ellos quisieran.»

Y dice después el escritor: «¿Qué harían los pueblos si los dejaran solos? Antes, por lo menos, no pagaban a los Maestros; ahora querrían despedazarlos.»

Sólo los Inspectores primarios sabemos las luchas terribles que debemos sostener para defender los prestigios de la Escuela. Para defender a los Maestros contra el estatismo.

Esas notas desconsoladoras que reproduce Luis Bello en su libro es la eterna cantilena aldeana.

Cada Escuela que se construye es una lucha honda y enconada que debe sostener el Inspector para convencer a los pueblos de esta necesidad. Miles y miles de súplicas hasta persuadir al alcalde; hasta llegar suplicante al último vecino.

Luis Bello es en su campaña nuestro fiel aliado, que ha hecho más por la causa de la Escuela nacional, desde las columnas de *El Sol*, que toda la labor que nosotros desarrollamos, porque los pueblos la toman como interés egoísta de clase.

Los Maestros que lean el libro *Viaje por las Escuelas de España*, y pensamos que lo leerán todos los Maestros españoles, encontrarán en sus páginas algún rasgo de su tragedia, notas de sus ideales profesionales y el esfuerzo gigantesco que España espera de los Maestros de Escuela.

Locales Escuelas que crían hongos sus paredes, Escuelas con ventanas al cementerio. ¡Cuánto dolor y cuánta tristeza para los que hemos puesto nuestras aspiraciones en amar profundamente a España y enaltecerla con la Escuela!

Luis Bello sigue su campaña idealista y generosa. ¿Hasta dónde llegará? Todos serán pocos los estímulos que le ofrezcamos en su camino. Los mismos Maestros, ¿comprenderán este ideal? Creemos firmemente que sí.

«Respete usted el bocio de nuestros mayores». Así termina una parábola que cuenta Luis Bello en su libro. Respete usted el bocio de nuestros mayores, dijeron los vecinos de aquella aldea perdida en la Sierra al enfrentarse con un médico joven que iba decidido a combatir aquella enfermedad de cretinos.

Lo que importa no son Escuelas, son Maestros, oímos un día y otro los Inspectores primarios en nuestra peregrinación por los pueblos. La civilización es ciudadana. Las ciudades deben llevar cultura a los pueblos. ¿Pero es menor la lucha que sostenemos para construir Escuelas en las ciudades?

Respete usted, señor Inspector, estos locales, donde se educaron hombres notables del pueblo. El local no importa, oímos un día y otro en villas y aldeas. Y estas frases las llevamos clavadas en el alma como espigas dolorosas.

Qué esfuerzo tan gigantesco debemos hacer para dar el salto de la Escuela con bocio a la Escuela alegre y confortable. Gracias a que el Ministerio de Instrucción pública nos ayuda.

¿Será vencida por la incompreensión nuestra insistencia en el camino?

Amparemos a los Maestros y a la Escuela, porque en sus manos está la España que anhelamos.

G. MANRIQUE DE LARA

RECITACIONES ESCOLARES

por Don Ezequiel Solana

Colección de trozos escogidos, en prosa y verso, de los más reputados escritores españoles y americanos, para ser leídos o recitados, clasificados en seis secciones, que tratan de *La Familia, La Escuela, La Patria, La Humanidad, La Naturaleza y Dios*. Ilustrado con 71 retratos y la biografía de los 119 escritores que figuran en el libro.

230 PAGINAS • EJEMPLAR, 1,50 PESETAS

CONCURSO DE ARTICULOS PEDAGOGICOS DE EL MAGISTERIO ESPAÑOL

TEMA: «¿Cómo enseña usted la lectura?»

¿Quién no se siente capaz de enseñar a leer? En todos los pueblos, casi sin excepción, encontramos alguno de estos individuos típicos que «no entienden de *jografías*», pero que para enseñar a leer, escribir y cuentas, sí sirven, como otro cualquiera.

¡Enseñar a leer! ¡Tan difícil como yo lo juzgo!

Por mi mente desfilan recuerdos en serie: Es primero mi infancia, mi primera infancia, esfumada, mejor dicho eternizada ante aquellos carteles, cuyos signos cabalísticos, abstractos y ambiguos, debían metérsenos en la cabeza a fuerza del continuo machaqueo: eme ... a, *ma*; be ... i, *bi*.

Viene después el canturreo monótono, inexperto, de la lectura corriente, de palabras vacías, ensartadas en hileras, tronchadas por puntos y comas, formando párrafos huecos.

Y ya mayor, corriendo por esos pueblos de nuestra España, no pocas veces, al pasar frente a las ventanas de una Escuela nacional, algunas, privadas las más, han aporreado nuevamente mis oídos aquel espantoso martilleo y aquel muerto cantar de mis primeros años escolares.

No; no es tan fácil enseñar a leer. Máquinas traductoras, que truequen los signos gráficos del pa el por otros orales, articulados, sí puede hacerse de una manera relativamente fácil. Lectores que entiendan lo que descifran sus ojos, que sientan palpitar su espíritu a impulsos de esos signos raros que ponen tonalidades negras en la albura del papel, ya es más difícil. Muy difícil, creo yo.

Yo he concedido siempre excepcional importancia a la lectura. Ella es la que nos permite bucear en el mar ignoto de los libros para arrancar de su seno, cual perlas irisadas, ideas de luz. Ella es la que nos permite extraer, de entre el piélago de la Historia, los tesoros invaluables que en piedras y pergaminos dejaron pueblos pretéritos. Ella es la que nos pone en comunicación con este amigo fiel, íntimo, que llamamos libro y que acude en nuestro socorro para librarnos de las garras del tedio anonadador...

La lectura reúne condiciones educativas cual ninguna otra disciplina. Desarrolla nuestra inteligencia al estimular la fantasía. Educa la memoria al despertar el interés. Pone en nuestras almas destellos de emoción que nos han de hacer fuertes y buenos... Por eso en mi Escuela ella ha ocupado siempre un lugar preferente, y por eso he puesto siempre en su enseñanza un cuidado especial, convencido de que su dificultad está en razón directa con su especial importancia.

* * *

Recién salido de las aulas de la Normal, con mi título flamante bajo el brazo, deberes de amistad me llevaron a regentar extraoficialmente una Escuela unitaria.

Y al llegar allí, mi primera labor fué proceder a descolgar de las paredes y arrinconar hondo, muy hondo, unos carteles que se parecían, como una gota de agua a otra gota de agua, a aquellos que fueron el tormento de mi niñez. Aquellos muñecos ingenuos, de rostros curtidos por el aire del mar, de pulmones tonificados por el bálsamo resinoso de los pinos y de ojos llenos de sol, me lo agradecerán seguramente...

Rebosante de teoría, ensayé...

Los carteles nos sirvieron más adelante para hacer trabajos manuales, y a cambio de ellos, cada niño tuvo su pizarra, su pizarrín y también su libro, porque, a pesar de cuanto se ha tronado contra ellos, juzgo que, bien *usados*, son para el Maestro un excelente auxiliar.

Yo guardaba los libros y las pizarras de los niños de la primera sección.

Primero, para asegurar su conservación. El niño es activo por naturaleza, y su acción, que no puede ser constructora en los primeros años, se limita a ser transformadora, que equivale en este caso a destructora, y libros y pizarras serían en sus manos de muy corta duración.

La otro razón, tal vez más poderosa, que me hacía guardar los libros de los pequeños, era la de darles así más importancia y avivar o mantener candente el interés de la lección. El niño es curioso; pregunta, indaga, quiere ver, quiere conocer. Todo es para él

un enigma, y su instinto le mueve a buscar, a revolver en todas las cosas. De ahí sus indiscreciones, de ahí sus múltiples y a veces desconcertantes preguntas. Por eso se olvida aun de jugar para contemplar las láminas de su nuevo libro. Dadle el libro a todo pasto, y a la media hora ya lo ha visto *todo*, ya lo *conoce*, y como otras mil cosas le llaman constantemente su atención, lo deja de lado ya y no le interesa. El quiere siempre cosas *nuevas*.

Por eso guardaba y los libros de los pequeños, hasta que el momento de la lección era llegado.

El libro era *El Camarada*, de Dalmáu Carles. Tiene, claro está, algunos inconvenientes; pero no son pocas las ventajas que atesora. Cada lección tiene un dibujo que sirve admirablemente de centro de interés; hay letras de un rojo vivo que rompen la monotonía de las páginas, todas blancas y negras, y está bastante bien graduado, de manera que en cada lección se da al niño un solo elemento nuevo, evitando el recargo y la confusión. Además, como uno no debe hacerse esclavo del libro, pueden muy bien soslayarse los inconvenientes que presente.

He aquí cómo procedía yo para dar una lección. Los niños tomaban asiento en los bancos, dispuestos en semicírculo alrededor del encajado. Debo hacer constar que no soy partidario de tener a los niños de pie. Cuanto más cómodo se está, más a gusto se trabaja, y más se retrasa en hacer su aparición la fatiga, el *coco* de la enseñanza. El estar los niños de pie representa para ellos un esfuerzo muscular, y demostrada hoy la íntima relación que existe entre la fatiga física y la fatiga mental, ese esfuerzo ha de redundar en evidente perjuicio de la potencia intelectual.

Sentados ya los pequeños, repartía a cada cual su libro y empezaba la lección. Nada de aprender primero el alfabeto, con letras de nombres convencionales que nada dicen al niño y que luego han de ser, forzosamente, un obstáculo para el desarrollo de las demás lecciones. Nada tampoco de horas y más horas pasadas ante el libro interpretando signos y combinando sonidos, para pasar después el tiempo dibujando caracteres abstractos y cabalísticos en un pliego de papel repleto de líneas y pautas. Es un error separar disciplinas tan íntimamente unidas como la lectura y la escritura.

Por otra parte, al niño le gusta *hacer*; es activo por naturaleza. Y es incansable cuando ejecuta un trabajo a gusto. Aquí del tac-

to del Maestro para procurar hacerle el trabajo atractivo y agradable. Los resultados asombran al ver de qué cosas resulta capaz un niño, ese ser a quien muchos juzgan pequeño y pobre de facultades. La lección será más atractiva, y por ende más provechosa, combinando las dos disciplinas. Las dos a la vez: escribir y leer; leer y escribir; he ahí el método. Así procedía yo con mis niños y así aprendían primero las vocales, que son pocas y fáciles, y base, además, para el estudio de las consonantes. Estas venían después, una a una y poco a poco.

He aquí cómo: Si pongamos que los niños saben ya las vocales y se trata de darles a conocer una de las consonantes, la *m*, por ejemplo.

Abierto cada libro por la página correspondiente, llama poderosamente la atención de los niños el dibujo que acompaña la lección. Se analiza, se hacen indagaciones. En resumen: representa a una señora que acaricia a un niño.

¿Quién será la señora? ¿Quién será el niño?

La madre y el hijo. No hay que descubrirlo a nadie. Todos lo han adivinado.

Ella es la *mamá*. Ya tenemos un centro de interés. Y se arma conversación acerca de la familia, de los padres, de los niños. De besos, de caricias. De reprensiones, de castigos. De amor, de cariño. Todos los niños saben de esas cosas; están en *su* mundo. Son todo atención. Llegó el momento.

Vamos a escribir la palabra *mamá*.

Los libros son sustituidos por las pizarritas. En el negro encerado resalta, blanca, la palabra que tantas cosas nos dice.

Y se vuelve al análisis. Pero en vez de la imagen de la cosa, es la imagen de la idea lo que se analiza esta vez.

Es primero *mamá*; después *ma-má*, y por fin *m* (sonido) ... *a*, *m* (sonido) ... *á*, *m* ... *a* *m* ... *á*.

La *a* la conocían ya antes; ahora conocen también la otra, la *m*. No la *eme*, no; la *m* fonética, el sonido: *m*, *m*, *m* ...

Y si *m a = m ... a = ma*,
también *m e = m ... e = me*,
y *m i = m ... i = mi*,
y *m o = m ... o = mo*,
y *m u = m ... u = mu*.

Resulta sencillo, y los pizarrines entran en acción:

mo, *me*, *ma*, *mi*, *mu*;
ma, *mi*, *me*, *mu*, *mo*...

Ya está el plan difícil. Ahora, ejercicios,

muchos ejercicios. Primero palabras donde entren solamente dos vocales, ya conocidas, y la *m*, conocida también:

me-mo, a-ma, mi-o, a-mo, mo-mo.

Después, frases sencillas:

mi ma-má me a-ma; a-mo a mi ma-má.

Ejercicios. Muchos ejercicios. De escritura primero y de lectura después. Primero que lo escriban; que lo enuncien luego. Pueden leer ahora también algo del libro. Y por de pronto, nada de letras mayúsculas, ni signos manuscritos. Esto vendrá después por sí solo. Ahora sería querer fijar su atención en demasiadas cosas y complicar la cuestión. Cuanta más sencillez, mejor. He observado que querer hacerles aprender mayúsculas y minúsculas a la vez, impresas y manuscritas, les exige un esfuerzo enorme. En cambio, más adelante, cuando han adquirido cierta soltura, las interpretan sin darse cuenta, pues, por lo general, tienen muchas analogías unas con otras.

Damos por terminados los ejercicios. Los niños conocen ya el valor fonético de la *m*; entonces procede dar a esa letra su nombre propio: *eme*.

Vienen después ejercicios de vocabulario. Que digan los niños palabras, nombres de cosas que ellos conozcan y que empiecen por *m*; palabras en las cuales entre esta letra.

Y llegamos al final de la lección. Recojo otra vez los libros y las pizarritas. Los niños dejan los bancos y ocupan su puesto en los pupitres. Sacan sus cuadernos; cuadernos de doble raya nada más, para dar la altura de la letra. Nada de pautas complicadas, laberínticas, que estorban y confunden. Y, pluma en ristre, se remata la lección. Yo dicto y ellos escriben. Son algunos de los párrafos sencillos escritos antes en la pizarra, que repetimos ahora para que la mano se acostumbre también a la pluma y al papel.

La lección ha terminado. ¿Tiempo empleado? ¡Ah!, depende... El sol, el frío, las nubes, el humor del Maestro, el momento psíquico de los niños, el interés de los ejemplos, el acierto en la elección de las frases... A veces, podrá darse toda la lección de una sentada; otras, se necesitarán dos; otras, tres... según. Los niños lo dirán: Caras animadas, alegres; espíritus interesados: adelante. Caras tristes, aburridas; espíritu fatigado: punto final.

El método expuesto exige esfuerzos por parte del Maestro y un trabajo muy activo para estimular a los niños, pues la tarea es ardua; pero todos se dan por muy bien em-

pleados cuando se ve la cara de los niños iluminada por la sonrisa de gozo que pliega sus labios al ver adquirir ante sus ojos muy abiertos formas definidas, vivas, a aquellos signos, antes confusos y vagos, que brotan de sus manos o salpican el papel.

Los progresos eran rápidos. Conociendo el valor fonético de las letras, no ofrecían para ellos dificultades notables los diptongos y triptongos; las sílabas inversas, las sílabas mixtas ni las sílabas dobles. Todo se reducía a sumar sonidos. Por eso no tuve nunca necesidad de lecciones especiales para estas clases de sílabas, que gozaban antes de privilegio de carteles exclusivos, y que en muchos libros (entre ellos el mismo *El Camarada*, de Dalmáu), se estudian al final, como cosas difíciles, en lecciones especiales.

Lo que procuré siempre fué estudiar la *y* con las vocales y dejar para el final, cuando los niños tienen ya adquirida cierta soltura, el estudio de las letras de doble sonido: *r*, *c* y *g*, y las de uso limitado a ciertas vocales (*q*).

* * *

Así enseñaba yo a leer a la primera sección de aquella unitaria. Las secciones segunda y tercera eran ya de lectura corriente. Y con ellas usaba, variando en algo la intensidad, el mismo procedimiento que empleo hoy en el grado tercero de una graduada de tres secciones.

En mi grado se lee mucho. Yo concedo mucha importancia al libro, y quisiera que cada niño tuviera no ya un libro, sino varios libros. Todos poseen su libro de lectura; pero además de él se leen poesías, capítulos importantes de otros libros, algunos artículos de periódico cuando los juzgo interesantes y útiles; sencillas narraciones sacadas de mil partes: manuscritos, periódicos infantiles, vidas de hombres célebres publicadas con ocasión de cualquier aniversario, hecho notable, etc.; relatos de expediciones al Polo, viajes por el Africa, raids aéreos, etc. Mil cosas que cautivan la atención del niño y le abren horizontes nuevos, permitiendo el desarrollo cada vez más amplio de sus facultades. Una biblioteca bien seleccionada creo yo que es uno de los más poderosos medios con que puede contar una Escuela de hoy.

Poseo un ejemplar de *El Quijote*. A medida que las cantidades miserables del presupuesto lo permitan, adquiriremos más. El día de la Fiesta del Libro expliqué a los niños la vida de Cervantes y les leí y comenté dos

capítulos de su obra inmortal: el de la aventura de los molinos de viento y el del ataque a los rebaños de ovejas, con sus desgraciadas consecuencias. Al terminar, ni uno solo dejó de solicitarme el libro para leerlo en su casa. Hoy algunos lo han leído ya. Otros están esperando, por forzoso turno, el libro, no para un momento. Y es admirable el perfecto estado en que se encuentra, a pesar de todo: sin una mancha, ni una hoja rota ni un rasguño en la cubierta. Ello dice del cariño con que es tratado. Es una cosa preciada.

Y ello dice también mucho más. Dice que los niños, pues lo aprecian y lo cuidan, saben lo que vale. Y pues saben lo que vale, lo conocen. Y si lo conocen, es que *entienden lo que leen*.

He aquí conseguido el fin principal, el único mejor dicho, de la lectura: *entender lo que se lee*. A obtenerlo tienden todos mis esfuerzos. Que el niño sepa interpretar el sentido de cada palabra y de cada frase; que beba en el *libro-fuente* las ideas elevadas del autor; que se identifique con él, que ría con él y que con él llore. Que sepa profundizar en aquel mar de palabras y extraiga de él, cual preciado botín, las ideas madres. Leer mecánicamente, sin pensar, sin comprender, no es leer: es perder el tiempo; tal vez aún más: es embrutecerse. Por esto la lectura en mi grado procuro que sea en lo posible expresiva y comentada.

No voy a entrar en detalles de las lecturas de que antes hablé, y que podríamos llamar ocasionales, a las cuales precede siempre una ligera explicación para poner al niño en antecedentes, y voy a exponer solamente la marcha seguida en lo que podríamos llamar *lección de lectura*.

Como he dicho anteriormente, todos los niños tienen su libro correspondiente. Es el tercer grado del *Curso de lectura corriente*, por M. Guyán, traducido por Gómez Arca y editado por la casa Arnaud Colin. Comprende tres partes: la primera está formada por una serie de relatos morales que tienden a despertar en el niño los buenos sentimientos. La segunda comprende una serie de conocimientos elementales acerca del Comercio, Industria, Historia Natural, Agricultura, Higiene, Física, etc. La tercera tiende a excitar en los niños el sentimiento de sus deberes para con la sociedad y con la patria. Todas ellas están compuestas por sencillas historietas y sencillas narraciones dialogadas que despiertan vivamente el interés de los niños, y que además de un len-

guaje sencillo, al alcance de las inteligencias infantiles, presentan la ventaja, por su corta extensión, de poder ser leídas cada una íntegramente en una sola lección, evitando los inconvenientes de que adolecen otros libros de lectura de trozos escogidos o narraciones muy largas que no consiguen atraer al niño por sus frases incomprensibles, por sus soluciones de continuidad o por su larga extensión, que obliga a tener que leerlos en diversas sesiones y hace perder el interés al olvidarse detalles importantes.

Veamos la marcha. Vamos a suponer se trata de la lectura de la historieta de la página 4. Se titula «Amor a la verdad», y es una anécdota referente a la niñez del que había de ser luego presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Jorge Washington. He la aquí, en resumen: Un día, al pequeño Jorge alguien le dió un hacha. El niño, gozoso y atolondrado, por usarla destrozaba con ella cuanto hallaba a su paso. Y esa suerte tocó a un naranjo muy apreciado por el padre de Jorge. El árbol perecerá. El padre se enfada cuando se da cuenta del destrozo. Poco después ve a su hijo con el hacha en la mano. Sospecha. Le pregunta por el culpable. Jorge duda un momento. El no puede mentir para evitar un castigo. Y confiesa su falta. El padre, gozoso, le abraza, porque «el valor y la sinceridad valen más que mil árboles, aunque tengan hojas de plata y frutos de oro». Vienen después unas máximas: «La mentira es cobardía; casi siempre se miente para escapar a un castigo merecido». «No mintáis nunca, aun en las cosas más pequeñas, aunque sea bromeando, para no tomar esa costumbre. Se debe leer en vuestros ojos lo que tenéis en el alma».

Empiezo por leer la historieta yo. Es una lectura truncada, de análisis y comentario. Cada palabra difícil por su estructura, por la idea que representa, cualquier expresión interesante, es desmenuzada y se buscan derivaciones que nos ligen a otras cosas ya conocidas y nos lleven a encontrar ideas nuevas. Véase, por ejemplo:

Verdad.—Nos da motivo para hablar de la verdad y la mentira.—La sinceridad.

Presidente.—Se habla de las formas de gobierno.—La monarquía y la república.—Aplicación a España.—Monarquías y Repúblicas conocidas.

Estados Unidos.—Situación.—Capital.—Poblaciones importantes.—Ríos.—Hombres célebres.—Potencialidad de esta nación, etcétera.—Otras Confederaciones conocidas.

Hacha.—Qué es.—Para qué sirve.—Peligros.—El acero.

Naranja.—Su fruto.—Clima que requiere.—Regiones donde se produce.

Arbol.—Utilidad de los árboles.—Respeto que les debemos.

Atolondrado.—Significación.—Peligros.—El razonamiento.

Perecer.—Significación.—La vida y la muerte.

Y así toda la lección.

A cada pregunta mía los niños rebuscan en su mente ideas para satisfacerla, y sólo cuando sus fuerzas resultan impotentes para ello, expongo yo la cuestión. En los otros casos, siempre los más, me limito a dirigir, encauzar, y, por último, a aclarar los conceptos. En los pasajes culminantes del relato hablo para hacer resaltar más aún los puntos principales: El atolondramiento del niño. El disgusto de su padre al ver tronchado el árbol tan querido. El rasgo del niño, que confiesa valientemente su falta arrojando el peligro del castigo antes que manchar su boca con la mentira. El perdón, noble y generoso...

Al terminar, los niños saben ya de qué se trata. Están empapados del asunto de la lección. El héroe de la historieta es un niño como todos ellos. Esto basta ya para hacerla interesante. En ella se pinta, además, un rasgo simpático de nobleza y valentía que hace crecer el interés. Entonces procedo yo a la lectura expresiva del trozo. La emoción chispea en los ojos de los niños y oleadas de sangre tiñen sus mejillas de arrebol. El aliento es retenido, y al final, un suspiro revela cuando el espíritu ha perdido su tensión...

Ya tienen el modelo. Ahora es cuando leen ellos. Leen cada uno párrafos enteros;

no por puntos, que muchas veces truncan el sentido y no permiten dar la verdadera expresión. Al terminar se desarrolla el cuestionario, contestando los niños a preguntas hechas sobre ideas expuestas en la primera parte.

Después, un niño hace el resumen oral de la historieta, repite las máximas y deduce a veces otras nuevas, pues yo no consiento que se me repitan al pie de la letra. No busco palabras; son ideas lo que quiero, y quiero que me las expongan en su propio lenguaje, no en el del libro. Los demás niños le ayudan si es preciso.

Otras veces, lo leído es motivo para una redacción; y otras, las ideas desarrolladas durante la lección sirven de base para un ejercicio escrito de vocabulario.

Asombran los resultados que se obtienen y los conocimientos que adquieren los niños. Y asombran también las condiciones de retención y comprensión, y las facultades, antes insospechadas por nosotros, que se revelan en algunos niños.

La lectura y la escritura, las dos hermanas gemelas, son el eje alrededor del cual deben girar las demás disciplinas de la Escuela.

La vida de la humanidad es un perpetuo ensayo. Mañana se deja por malo o por defectuoso lo que constituye hoy la *última palabra*. Pasado mañana se encuentran ideas nuevas que nacen de las abandonadas ayer.

No llego aún a los dos años de servicios en la carrera. Mi experiencia debe ser pobre a la fuerza. En cambio, es muy grande mi voluntad.

Ella me animó a exponer mis pobres ensayos.

MIGUEL SUÑER

Puigcerdá (Gerona).

DICCIONARIO DE LEGISLACION DE PRIMERA ENSEÑANZA

Forma un tomo de 1.009 páginas, de 17 por 25 centímetros, a dos columnas. Encuadernado en tela, con lomo estampado.

PRECIO DEL EJEMPLAR, 25 PESETAS

DE PEDAGOGIA

LA INSTRUCCION Y LA EDUCACION MORAL

La instrucción es un factor muy poderoso en la educación moral del niño.

Es verdad que para moralizar a los niños no basta instruirlos, pero no hay que olvidar que instrucción y educación, a pesar de ser palabras que se refieren a objetos distintos, no se rechazan en manera alguna, muy al contrario, están íntimamente relacionadas entre sí. La instrucción puede ser, y es en realidad, un factor importante de perfeccionamiento moral. Veámoslo:

La práctica del bien supone el conocimiento del mismo. La conciencia moral requiere una formación esmerada, porque la obligación de obedecerla implica necesariamente el deber de ilustrarla.

Muchas veces la buena intención no alcanza a justificar lo imperfecto de nuestros actos; grandes males se han hecho creyendo obrar bien; sólo la ignorancia invencible puede excusarnos.

Lo más difícil no es, en numerosos casos, cumplir con el deber, sino conocer cuál es el deber.

De todo lo que se acaba de expresar, fácilmente se deducirá cuál ha de ser la superioridad moral de las personas instruídas sobre aquellas otras escasas de conocimientos. Las primeras están mejor preparadas para sustraerse a las prevenciones, a los móviles interesados, a los sofismas y a los sistemas que soliciten su voluntad en el sentido del mal.

La instrucción permite considerar un mismo asunto en sus diferentes aspectos y desde los diversos puntos de vista que presenta; capacita para descubrir en la Naturaleza y en las obras maestras del arte humano bellezas multiformes, que escapan a los ojos del vulgo, y para sentir las dulces y puras emociones que ellas despiertan en el alma.

Los conocimientos científicos, artísticos e

industriales nos mueven a rendirle culto a lo verdadero, a lo bello y a lo útil; satisfacen tres necesidades naturales: nuestra sed de verdad, de felicidad y de ideal; abren nuevos horizontes a nuestra inteligencia y nuevos campos a nuestra actividad; nos facilitan el trabajo intelectual y material.

El cerebro del hombre de vasta erudición es así como un arsenal bien abastecido, y del cual puede sacar éste en tiempo oportuno los materiales que le han de ser útiles en el duro y diario batallar de la vida, y que le han de prestar su valioso concurso en los esfuerzos que haga para procurarse, por medio de un trabajo honrado y diligente, las comodidades de un bienestar relativo.

Es propio de los Maestros entusiastas y abnegados infundir en el alma de sus alumnos esa chispa abrasadora del amor al estudio, que será su mejor preservativo contra la ociosidad y los males innumerables que de ella se siguen, y que los colocará en situación de ser más tarde hombres de bien y de provecho.

La religión es el más firme sostén de la moral, lo mismo para los individuos que para las sociedades. Ahora bien, la religión en un ser racional se funda sobre la razón y se apoya sobre las ciencias, iluminadas ambas por el faro de la fe. Lejos de coartar la libre expansión de las inteligencias y de limitar la esfera de las investigaciones humanas, la religión abre más ancho campo a nuestras facultades intelectuales, acrecienta nuestras energías morales y da vuelo a nuestra fantasía.

«Poca ciencia aparta de Dios, mucha ciencia acerca a El», había dicho Bacon, y el ilustre Pasteur solía contestar a quienes se admiraban de su fervor religioso: «Porque he estudiado mucho tengo la fe de un breton; si hubiera estudiado más, tendría la fe de una bretona».



LAS CASAS DE HUÉRFANOS DEL MAGISTERIO

LA FUNDACION DE UNA O VARIAS EN MADRID

Parece de actualidad ahora el tema de los huérfanos del Magisterio y, aunque para nosotros ha sido siempre problema apremiante, lo abordamos con el firme propósito de buscarle solución, antes de que se diluya en un mar de literatura, mezclada con estudios y andanzas complicados, en manos de comisiones y negociados.

Creemos que, como primeros interesados, nuestros esfuerzos han de preceder a los de otros, y después de seria meditación encontramos que estos esfuerzos nuestros, con el apoyo oficial, que no habrá de faltarnos, bastan para que la obra se realice y veamos asegurada la vida de los seres que al faltar nosotros quedan en el mundo abandonados y con la miseria por patrimonio.

Queremos que nuestra labor educativa se prolongue después de la muerte, y si esto es posible, la vida feliz de los niños al lado de sus padres sea continuada en otro hogar, no en un asilo.

Queremos fundar, por cooperación, las Casas de los Huérfanos de los Maestros, sin más complicaciones, sin clases ni talleres, sin que los niños que las habiten se crean una casta desgraciada y distinta de los demás.

Encontraremos nuestro éxito, y es nuestro mayor empeño en tener una casa modesta y elegante en las proximidades de Madrid, en el campo y en la ciudad, regida por un Maestro casado, con hijos, y capaz, con su mujer, de dar a este hogar el tono elevado y alegre propio de una familia sostenida e inspirada por educadores. Veinte huérfanos y tres criadas sumados al matrimonio y sus hijos componen la numerosa familia que, como cualquier otra, busca las Escuelas y otros Centros oficiales, los talleres de la población donde habita, para los niños que lo necesitan.

Reunidos los Maestros nacionales, municipales y otros funcionarios, como los de Sección administrativa, Ministerio, Profesores de Instituto, de Universidad, de Escuela Normal, Inspectores por regiones o provincias, formando una Asociación para este fin con las cuotas de asociados y otras fuentes de ingreso que vamos a indicar, creemos superado el problema a un solo factor: vo-

LUNTAD. La nuestra es tan firme, que si los cálculos que anticipamos fracasan y los quinientos socios con que creemos contar no acudiesen, lo realizaríamos.

Esperamos, pues, adhesiones, y nuestra obra está en marcha; sacrificar algún pequeño dispendio mensual, y querer fuertemente, es todo lo que deseamos para saber asegurado el porvenir de los que algún día pueden ser nuestros huérfanos.

Notas para la redacción de los Estatutos.

Principios fundamentales.—1.º Las Casas para Huérfanos del Magisterio recogerán bajo su protección a los huérfanos de los Maestros o Maestras, y demás funcionarios que hemos indicado, que al morir sean socios activos de esta institución.

2.º Las Casas para Huérfanos del Magisterio reunirán a sus protegidos por pequeños grupos de veinte a veinticinco niñas y niños.

3.º Estas Casas estarán dirigidas por Maestros o Maestras nacionales especialmente preparados, y cuya función consistirá en sustituir a los padres en la educación de los niños.

4.º La institución, fundamentalmente, tendrá el carácter de una familia bien organizada.

5.º Con el propósito de no aislar a los huérfanos de la vida social, desde los seis a los catorce años asistirán a las Escuelas nacionales, y pasada esta edad estudiarán en los Centros del Estado o en talleres particulares, de acuerdo con sus aptitudes profesionales.

6.º Las familias podrán visitar en cualquier momento a los niños, sin más autorización que la del Director de la Casa, siempre que no se perturbe la vida de ésta.

Finalidad.

Las Casas para Huérfanos del Magisterio tienen por objeto recoger y proteger a los huérfanos de todo el personal que se dedica a la enseñanza, desde la Escuela de párvulos a la Universidad.

Se dará forma de cooperativa a la Asociación.

Consejo directivo.

Las Casas para Huérfanos del Magisterio estarán gobernadas por un Consejo de administración, nombrado en Asamblea general de los socios cooperadores, e integrado por un presidente, un vicepresidente, un secretario, un tesorero y tres vocales.

Este Consejo tendrá las facultades de la admisión de los huérfanos, de acuerdo con el Reglamento; la admisión de socios, la recaudación e inversión de los fondos, cumplir los acuerdos de las Asambleas, etc.

Comisiones.

La organización práctica de las Casas para Huérfanos exigirá una actividad considerable y una gran abnegación, por lo que será conveniente repartir el trabajo entre las Comisiones siguientes:

Comisión de gobierno, que se encargará de proveer a las Casas de camas, vestidos, calzado y alimentación.

Comisión de sostenimiento, encargada de preparar el edificio, reformas que deben hacerse, compra del mobiliario y material necesario, etc.

Comisión de educación, cuidará de todo lo relativo a la salud de los niños, al régimen alimenticio, a la educación física, intelectual y moral; a la orientación profesional, nombramiento y orientación del personal educador, etc.

Comisión de propaganda, encargada de difundir la idea en todas las provincias, reclutar socios, procurar el concurso del público, de entidades oficiales y particulares.

Comisión jurídica, que intervendrá en todo lo relacionado con los estatutos, contratos, seguros, tutelas, etc.

Admisión de huérfanos.

Como advertimos más adelante, cuando tengamos un solo huérfano, será colocado en una familia de plena garantía; si tenemos dos, en otras tantas familias, y así sucesivamente, hasta que diez niños necesiten nuestra protección, en cuyo caso organizaremos la primera Casa.

Podemos anticipar que se admitirán los niños desde cuatro a diez y ocho años, sin que esto quiera significar que la Asamblea no determine si los menores de cuatro años han de admitirse o atenderse de otro modo.

Si pasaran de veinticinco los niños necesitados de protección, se organizarían dos Casas.

Personal educador.

Cada Casa estará dirigida por un matrimonio, si es posible con hijos. Se nombrarán también uno o dos auxiliares cuando las circunstancias lo aconsejen. Este personal será reclutado de entre los que figuren en los Escalafones del Magisterio, mediante garantía concerniente a la salud y la moralidad, habiendo de sufrir un examen médico para comprobar si tienen la resistencia física necesaria para cumplir su misión.

Posibilidades económicas.

Cada socio cooperador debe satisfacer como cuota 0,50 por 100 de su haber mensual, y como mínimo 2,50 pesetas mensuales.

Los socios protectores satisfarán una cuota mensual de una peseta, o la anual de doce.

Contando con estas fuentes de ingresos seguros, calculamos:

	<u>Pesetas</u>
500 socios cooperadores, a pesetas 2,50 mensuales.....	15.000
50 socios protectores, a una peseta.....	600
Donativos.....	500
Colectas y fiestas.....	1.000
Subvenciones de Ayuntamiento, Diputación y Estado.....	8.000
Idem de Asociaciones de Maestros y otros funcionarios.....	1.500
Idem de los habilitados.....	1.000
Pensiones de algunos huérfanos..	2.000
TOTAL INGRESOS.....	29.600

Cuando haya déficit se distribuirá proporcionalmente al sueldo entre los asociados.

Gastos.

Partimos del supuesto de que durante seis años no hemos de necesitar Casa. Los huérfanos de asociados que en este tiempo lleguen a existir se colocarán en casas de compañeros de reconocida honorabilidad, pagando una cuota módica, y el capital que se acumule servirá para construir el primer edificio, en terrenos que debe gestionarse sean cedidos por el Ayuntamiento de Madrid, en la Dehesa de la Villa, en la Moncloa o en otro lugar de fácil comunicación.

Hecha la instalación, y suponiendo que quinientos asociados no ha de dar un contingente superior a diez niños, tendríamos los siguientes gastos anuales. En la creencia de no encontrar inconveniente por parte del Estado para que un Maestro sea destinado a la Casa y perciba sus haberes por dirigirla:

	Pesetas
Alimentación de diez niños, el Maestro director, su mujer, dos hijos, cocinera y dos criadas, a razón de tres pesetas diarias...	18.615
Vestidos y limpieza de los diez niños.....	2.000
Sueldo de la cocinera y dos criadas.	1.320
Papel, lápices, plumas, libros y juguetes.....	3.000
Imprevistos, teatros, excursiones, etcétera.....	2.000
TOTAL DE GASTOS.....	26.935

	Pesetas
Suman los ingresos.....	2.600
Idem los gastos.....	26.936
SUPERÁVIT.....	2.650

No nos hemos propuesto hacer un estudio acabado ni un reglamento. Esto será obra de los que se adhieran a la iniciativa.

Tan pronto como tengamos un número conveniente de adhesiones, convocaremos a una reunión, con el propósito de confeccionar los Estatutos, nombrar el Consejo directivo y poner en marcha la institución protectora de los huérfanos del Magisterio.—*Francisco Carrillo Guerrero*, Inspector jefe de Primera enseñanza de la provincia.—*Manuel Alonso*.—*P. Pareja Herrero*.—*Sidonio Pintado*.—*Rodolfo Tomás y Samper*, Director del Asilo de la Paloma.

Adhesiones en tarjeta postal, a nombre de D. Pedro Pareja Herrero, General Alvarez de Castro, 11 provisional. Madrid.

LIBROS Y REVISTAS

Clara Angélica (novela pedagógica), por Lillo Rodelgo, E. José. Madrid, 1926. EL MAGISTERIO ESPAÑOL, editor.

Martín Chico, el ilustrado Regente de Soria, con su obra *¡Maestros!*; después mi querido amigo y admirado compañero Onieva con su *Entre montañas*; seguidamente el Maestro de Escuela y portentoso y delicado novelista Rafael Pérez y Pérez, el autor de esas dos bellas novelas llamadas *Inmaculada* y *La verdad en el amor*, con su producción *Levátate y anda*, y ahora Lillo con su *Clara Angélica*, me han hecho fortificarme en mi orgullo de ser Maestro. ¡Gracias, amigos, mil gracias!

Olvidándome por un momento de las otras obras, voy hoy a referirme a ésta, debida a la pluma del afamado Inspector de Primera enseñanza de Toledo Eusebio José Lillo y Rodelgo. No sin sentimiento lo haré, porque él, mago de la emoción, ha sabido prenderla en mi alma. Y no sin miedo, que es mi mano torpe y poco apta para estampar un juicio sobre lo que está muy por sobre ella.

Clara Angélica, esa heroína luminosa, ha venido a verme muchas veces durante este año. En cada visita me contaba—¡oh, qué bello decir!—un trozo de su interesante vida. No ha querido dárseme toda enteramente. Y ha sido ello para mí cual el apurar a pequeños

sorbos, con una delectación voluptuosa, inefable néctar.

He gozado y he padecido; ora he sentido esponjarse mi corazón, ora he visto atenazada mi alma por la pena según avanzaba en la lectura de la bella novela. Con las esperanzas de la joven Maestra me he sentido confiado; con sus lágrimas, lloroso; con sus triunfos—tan nobles, tan plenos—, henchido de elevado orgullo. Y ahora que terminó de contarme su historia, en estos momentos en que su vida fué coronada por el éxito más completo, la alegría me rebosa.

¿Qué es *Clara Angélica*? No, no acierto a decirlo adecuadamente. Es la vida de una Maestra de vocación, de esa vocación con la que se forjan los héroes y los santos, que culmina en un triunfo pleno. Es una obra de ensalzamiento de la mujer puesta a ser Maestra educadora. Es una perpetua alabanza de la noble misión del Magisterio. Es un canto a la verdadera Pedagogía—¡amor y siempre amor! Es un estímulo a la acción. Es una ráfaga de emoción, de dulce y apacible emoción. Es...

Sí; también es una joya literaria. ¡Qué claros conceptos! ¡Qué prosa tan limpia! ¡Qué diafanidad! ¡Qué!

Por eso, termino recomendando con interés su lectura y diciendo al autor: Amigo Lillo, ¡te envidio!

José M.^a AZPEURRUTIA